



Pareja de genios

Un libro de Alma Schindler reconstruye su vida en común con Gustav Mahler y aporta datos cruciales sobre el compositor

CÉSAR COCA

Formaron sin duda alguna la pareja con más talento de la Viena de su tiempo, pero distaron mucho de ser un matrimonio feliz. Gustav y Alma Mahler (de soltera, Schindler) eran una pareja de cuento de hadas: el famoso compositor y director de orquesta se casa con la joven más inteligente, culta y bella de su ciudad y ambos se convierten de inmediato en el centro de todas las miradas. La publicación del libro 'Recuerdos de Gustav Mahler' (Ed. Acantilado), escrito poco antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial por quien fuera su esposa, aporta testimonios fundamentales para conocer la vida privada del músico, las dificultades a las que tuvo que hacer frente el matrimonio y la tristeza de sus últimos días.

Cuando se conocieron, en noviembre de 1901, Mahler era el director de la Ópera de Viena, estaba componiendo su Quinta Sinfonía (seguramente la más célebre, en parte debido a Visconti) y era, a los 41 años, un músico de sólido prestigio a quien tan sólo preocupaban las descalificaciones que su trabajo recibía por parte de sectores abiertamente antisemitas. Alma, compositora de talento, hija de un pintor y una cantante, tenía 20 años y su belleza ya había llamado la atención del pintor Gustav Klimt primero y del compositor Alexander von Zemlinsky, quien le daba clases de música, después. Fueron las primeras celebridades de una lista de esposos y amantes que reunió a la crema de la intelectualidad vienesa de esos años.

En apenas cuatro meses, Alma dejó atrás sus amores más o menos platónicos y Gustav se deshizo del maricaje a veces asfixiante de su hermana, con la que había vivido durante años y que había contribuido de forma decisiva a que el músico, que ganaba notables sumas de dinero, estuviera agobiado por las deudas. También Mahler había tenido otras experiencias amorosas, una al filo del drama con la esposa del nieto del compositor Carl Maria von Weber, con quien planeó una fuga, aunque ella en el último momento no subió al tren en el que él la esperaba para marchar a otro país.

Gustav y Alma se casaron en marzo de 1902. En ese punto empieza la narración al detalle de esa vida en común marcada por las manías del genio y las veleidades de la joven esposa que, según el diagnóstico de Freud, buscaba en el célebre compositor



JOVEN. Alma Schindler, en la época de su boda con Mahler.



Gustav Mahler.

Antes de casarse, Gustav le pidió que renunciara a su carrera de compositora

más un padre que un marido.

Veinte años después de la muerte de Mahler, el escritor Elias Canetti conoció a su viuda, que entonces estaba casada en terceras nupcias con el literato Franz Werfel. El retrato que Canetti hace de ella en sus memorias es poco favorable, y de la lectura de este libro de recuerdos (de lo que dice y de lo que calla) se desprende una imagen que se aproxima algo a la que da el premio Nobel. Aunque lo primero de todo es que Mahler le exigió un sacrificio casi heroico: que renunciara a su carrera como compositora. Y así fue. Durante la década escasa que duró el matrimonio, Alma fue copista de sus manuscritos, le sugirió cambios en las partituras y fue una especie de ayudante para todo de un marido inestable emocionalmente, que pasaba del drama a la farsa, como queda de manifiesto en sus descomunales sinfonías.

Alma relata las rutinas de su esposo: cuando salía de la ópera, un criado telefonaba a casa para que prepararan la mesa. Él mismo tocaba el timbre en el portal, de

forma que mientras ascendía los cuatro pisos le servían la sopa en el plato; la puerta de la casa estaba abierta para que no tuviera que detenerse, y el músico entraba como un huracán, atravesando estancias hasta llegar al cuarto de baño, donde se lavaba las manos, y a continuación se sentaba a la mesa, en la que ya estaban esperándole. Tras el almuerzo, una siesta. Después, una carrera de varios minutos por una ruta siempre igual. A las cinco en punto, el café. Y de allí, de nuevo a la ópera. En el verano, se retiraban a una casita junto a un lago alpino, y componía en un pequeño cobertizo aislado. No podía ver a nadie antes de ponerse a trabajar...

Celos

Por el libro pasan todos los directores y compositores famosos de aquel tiempo en Centroeuropa. En general, no salen muy bien parados en la pluma de Alma. Pero hay uno que llama la atención sobre los demás: Richard Strauss, retratado como un tipo voluble, preocupado sólo por el dinero y dominado por una esposa insoportable.

Alma cuenta la consulta que hizo su esposo a Sigmund Freud, con ocasión de un episodio de celos en el que ella aparece como inocente. Fue otro capítulo de una historia con más penas que alegrías. Hubo de las primeras sobre todo con motivo de la muerte de la hija mayor, a la que el músico adoraba. El mismo día del funeral, en un examen casual, un médico detectó la enfermedad cardiovascular que causaría meses después la muerte de Mahler, en 1911. Las alegrías fueron estroños con buenas críticas y conciertos con el músico a la batuta que se cerraron con ovaciones apoteósicas.

El retrato doméstico del genio deja la imagen de un tipo difícil, con no pocos complejos pero que sin embargo se sabía un genio. El de su esposa es más ambiguo, porque ella calla muchas cosas. Se presenta al lector como una joven inocente entregada a la causa de un gran hombre. Años después, en sus diarios, Alma Mahler no fue tan caritativa con el compositor y no se calló ni uno solo de sus episodios de impotencia ni tampoco las ocasiones en que le fue infiel. Porque Alma, que tras enviudar se casó con el arquitecto Walter Gropius y más tarde con Franz Werfel, fue también amante de Max Burckhard, director del Burgtheater vienes, y del pintor Oskar Kokoschka. Este último quedó tan afectado cuando ella le dejó que se hizo fabricar una muñeca de tamaño real con su efígie y paseaba con ella por la calle y la llevaba a la ópera. No era fácil la convivencia de una mujer así con un tipo maniático, inseguro y genial. Por eso, Gustav Mahler y Alma Schindler formaron una de las parejas más brillantes de su tiempo. Y una de las menos felices.

■ c.coca@diario-elcorreos.com